Observaciones: sobre la imagen de la vigilia

José Guillermo Angel Rendo

II *No me refiero al rostro del enigma, al hondo pozo de la anhelada belleza donde mirar la verdad sería morir sin la gracia de la poesía"*
Darío Ruiz Gómez. La muchacha de la leyenda.

Soy ave, ved mis alas... Soy ratón, ¡vivan las ratas...!
André Comte-Sponville. El mito de Ícaro.

Nota previa: entiendo por leyenda aquel espacio y tiempo probables en el que suceden cosas maravillosas. Si no es así, persisto en mi error. Y por muchacha entiendo esa posibilidad donde toda vida es posible. Si esto no sucede, usted lleva una existencia triste.

Introito:
Hoy sabemos que el día y la noche no son fenómenos naturales sino metáforas que nos hacemos de la vida y de los sentimientos que en ella se crían. La noche y el día, entonces, serían mapas mentales que nos hacemos para hacernos o perdernos en esta clasificación del claro y lo oscuro. Así, hablar de luz

u oscuridad no es recitar una lección de física o de tonalidades de color sino dar testimonio de nuestra educación sentimental, la única capaz de conformar la esencia de la realidad, que es eso que está ahí y se siente. Y que necesariamente debo compartir con otro para no delirar en una sola dirección. O, como decía Unamuno al referirse a la vida campesina, para no perderse en ese mar primario donde abundan los males, los miedos y las apariciones que terminan justificando crímenes atroces. Partiendo de esta premisa, la realidad sentida y compartida, lo oscuro y lo claro se escriben (describen) sólo con poesía. No hay otra alternativa. Es que no somos en lo evidente sino en la relación de amor u odio que nos hacemos con las cosas, en la mirada que posamos sobre ellas para encontrar en su interior lo bello o lo terrible, que en términos estéticos también es una forma de belleza. Hablaría, entonces, del orden de la plástica (aquel kalé kalós de los griegos), del sentimiento que se construye con los elementos que aporta la mirada y el vagar simple del viajero, sin pretensiones ni intereses, que se abre camino con palabras y que lleva en su equipaje lo único posible para que el viaje no fracase: la vida.

La muchacha de la leyenda:

Hace unos años, leí "Tierra de paganos", el libro donde Darío Ruiz describía la decadencia estética y moral que se extendía como una maraña de nenúfares sobre un estanque de aguas podridas. Y que hoy se extiende peor y en contravía, siendo el agua podrida la que cubre lo que resta del nenúfar o de la momia que representa esto que fue la primera idea. Luego leí el relato de *Sombra de rosa y vino*, en el que la belleza asumía los espacios de lo gótico y lo horrible en un ensamble de figuras casi salidas del *Gabinete del doctor Caligari* o del Nosferatu de Murnau, que reptan y se enredan en la lujuria pobre de quien carece de caricias y lo único que posee es un ansia contradictoria de entrar y salir para regresar a su letargo de ostra o, como diría Bertrand Russell, de zoomorfo unicelular, que no se sabe bien si piensa, se ensimisma o simplemente no da más que una peligrosa quietud al acecho. De esta gente vemos tanta, la más de las veces escondida dentro de un traje de marca o detrás de la sombra de alguien que miente. Y ahora acabo de releer "La muchacha de la leyenda", donde el personaje, la muchacha (la voz de Darío), vaga por lo que queda, por los restos de algo que alguna vez produjo poesía y ahora suelta los olores del abandono y el olvido, pero también los perfumes de lo nuevo. Por eso es la muchacha y es la leyenda, la dadora de vida y la que inventa en lo que hubo. Sólo de esta manera es posible mantener con vida los sentimientos que se niegan a desaparecer y sobreviven en la esperanza. O en la desesperanza que, como anota André Comte-Sponville, en ese maravilloso libro que es el "Mito de Ícaro" (Tratado de la desesperanza y la felicidad), es el único lugar sentimental donde no hay frustración porque no se espera nada y entonces, en eso que carece de toda forma posible de ilusión, se ve nacer lo nuevo, lo inesperado, esto que no da miedo ni escandaliza porque no contiene dolor sino asombro.

La muchacha de la leyenda es una memoria poética que se recrea en lo que fue, pero sin la melancolía del abandonado ni la ira del desplazado, que en realidad no marcha iracundo sino confundido y entonces inventa eso que ya no sabe qué fue ni representó. En esa memoria que contiene la poesía se recrean los espacios vividos, los sentimientos sobre lo bello, la espacialidad de los que se miraban sin asustarse y que de alguna forma se acariciaban. Y también lo presente, que Darío no evade lo que hay ahora (lo que hace presencia y está ahí como la obra de un escultor anónimo) sino que lo asume como un inventariador que anota en su libreta el mundo de las cosas inertes y el de los objetos que se nutren de electricidad o de

publicidad o que, para más horror, se alimentan de sí mismos como dicen que pasa con la nanotecnología. Por sus palabras, las de Darío, como en un vídeo clip (o como en un trailer de película que se anuncia), van apareciendo los últimos restos de la modernidad, los sueños y fracasos recientes, el caos que determina que el dinosaurio se apresta a morir mientras amamanta a sus gusanos. El ambiente de lo pagano presente se revitaliza en el viaje que hace *La muchacha de la leyenda*, que no se queja ni asume posiciones morales (es decir, no está ausente sino presente) sino que narra, utilizando las palabras más precisas, para que haya constancia de que la memoria no se remite a lo que pasó sino que es la determinante de lo que sucede, de esto que hay ahí y se puede leer en dos planos: lo bello y lo horrible que, como en Nietzsche, van paralelos y nutriéndose del uno y del otro. En esa muchacha de la leyenda, que Darío plantea sagrada porque es una visión que carece de materia y forma pero se siente como una paridora que nos incita con su baile del vientre, lo apolíneo y lo dionisiaco están presentes. Imagino a Darío, como a Jacobo Bohème, navegando en un mar de los opuestos, el que cría el conocimiento, el de la certidumbre y la incertidumbre, aquel que produce alegría y tristeza, abandono y aventura; el que recurre, cuando las preguntas carecen de respuesta, a lo sacro y ritual, esto que magia de las viejas religiones y con ella se vuelve y crea el mundo dándole un orden que sólo es factible en el arte, en esas primeras mentiras creíbles porque están construidas en la belleza, en la leyenda, en la muchacha.

Lo urbano como espacio poético:

François Villon, aquel poeta bandido que describió los horrores y bellezas de las ciudades medioevales de Francia (donde era requerido como carne de horca) y Charles Baudelaire, con su "Spleen de Paris", ese sentido del aburrimiento melancólico que nace del deseo de suicidarse y vivir al mismo tiempo, de amar y morir, de sentir lo hermoso y lo feo como categorías estéticas de un mismo cuerpo, legitimaron lo urbano como espacio poético. Y desde entonces la ciudad se diferencia del campo en el hacer y entender poético. Las palabras y los sentidos son otros, los espacios diferentes y la presencia distinta. En la ciudad los asombros son permanentes, es como si el inventario fuera un crescendo que va delineando cada acto y cada espectador. Es una manifestación de lo que muta sin regirse a las leyes naturales, un horror, un pecado. En la ciudad de tiempos imprecisos y enfrentados, de certidumbres que sufren cambios acordes con luces artificiales y gentes aburridas, sólo es posible la muchacha de la leyenda, la que lee lo que pasó, pasa y pudo haber pasado, haciendo el inventario (o el sumario) en prosas cortas o en poemas. O en silencios. Pasa como en la novela *Sin destino* de Imre Kertész, donde la felicidad pone trampas mientras la muerte desfila marchando al son de la razón debidamente codificada y porspectada, los imperativos kantianos vueltos al revés y el vals que interpreta la orquesta de prisioneros. Allí nadie baila pero se piensa en el baile. El espacio es real, la representación una posibilidad, el tiempo un juego de días encontrados, espacios tejidos al azar e instantes que estallan cubriendo con su resplandor otros momentos. Por esto se legitima la leyenda. Y la muchacha, que es dadora de vida, lectora y testigo, espectadora e intérprete y la esencia de la poesía, igual que cuando los gatos sumerios representaban la fertilidad y la luna menguante los cuernos del toro inmenso del espacio en la noche.

El espacio urbano de Darío Ruiz, el de los barrios y cafés, el de los detectives jubilados y jubilosos al ritmo de un bolero, el de los edificios y las calles que se cruzan en desorden, el de las casas que ya no son, el las personas que fueron y el de las que son, el de los niños y las madres, se manifiesta en un mapa que se lee como

una carta de navegación. En ese espacio hay puertos de la noche y del día, donde llegan capitanes muertos y acabados de nacer, perseguidores de ballenas como Achab, desesperantes como el Holandés, desesperanzadores como Morgan. Y en medio de ellos, la muchacha de la leyenda como un silbo. O como un viento que va en contra de las brújulas. Y es que lo urbano es un mar tormentoso que asombra al gaviero y al marino que reza, que excita al grumete y apenas si hace abrir los ojos al capitán que ha vencido al Kraken por el solo hecho de que ya no cree en él.

Si lo urbano es la civilización que creamos, si en este mundo de carne y piedra (como asegura Sennet) están encerradas todas las posibilidades de crear y destruir, lo que implica la necesidad de la escritura como herramienta para leer lo creado y destruido, la muchacha de la leyenda es el ojo con que vemos. Ella va por los sitios que están y los que ya no están, tejiendo y destejiendo sin esperar a nadie, cantando los acontecimientos para que el poeta los atrape en su libreta de apuntes, allí donde lo urbano es también aquello que descreamos. Y lo que deseamos, siendo el deseo esa idea falsa donde el mundo se aparece como no es, pero que la persistencia en querer que sea lo convierte al fin en lo que el deseo pide. Claro que cuando el deseo llega cansado, la unión es triste y el arrepentimiento un dolor más.

"La muchacha de la leyenda", el texto de Darío Ruiz Gómez, es la versión poética de los cuadros de Otto Dix, de las acuarelas de esos marineros de ojos asombrados que acaban sus días en un puerto donde los milagros ya no hacen parte del botín y las mujeres, cargadas de grasa y color, en lugar de un descanso o una incitación son parte de un equipaje cada vez más derruido, con más golpes que ropa. Pero las imágenes están ahí, encerradas en las palabras de la muchacha de la leyenda, en sus apariciones y desapariciones, en los miedos y pequeñas alegrías que ella narra, en la ciudad que tenemos y a la que sufrimos y amamos porque es la que nos tocó en vigilia para cantar, odiar y huir. O para lo contrario. Y con esas imágenes nos confrontamos en lo moral y lo inmoral, en lo apócrifo y lo permitido, en lo abierto y en lo reprimido. Como en los símbolos jungianos, siempre construyendo un sueño profundo donde la conciencia juega a hacernos pasar sustos y alegrías, ejerciendo los deseos con una intensa intimidad. Cuando uno es testigo de uno mismo todo está permitido, incluso no creer. Por esto la muchacha de la leyenda es una permisión poética. Y como toda permisión, tiene momentos de goce y espacios para las lavativas y el uso de sulfatos.

Sólo a un poeta como Darío Ruiz, que mediante una real comprensión estética (un sumergirse profundo en la condición de *homo sentimentalis*) entiende el sentido de las cosas y los acontecimientos, o lo que Wittgenstein llamaría una relación con los hechos, se le ocurre esta última versión de la ciudad, de la Medellín nombrada *La muchacha de la leyenda*. La que luego de trasegar la noche vemos ahora entrando en los espacios rosados de la aurora o de las explosiones. Y que no sólo es una testigo de lo que acontece (incluyendo en este acontecimiento las circunstancias de las que habla Ortega) sino una espectadora que asume una posición en la poesía, es decir, en la creación, que es el último espacio donde el mundo no se pierde. La estética es el orden que necesariamente conduce a la belleza. Sería el imperativo categórico necesario para que desaparezca el temor que imprime la primera visión de la cosa, en este caso la ciudad, que es bella porque está en orden como ciudad, con sus construcciones y destrucciones, con la devastación y las pequeñas cosas que persisten en ser lo que son a pesar de tanta barbarie. Y en esa belleza, que es la estética que propone el poema, la muchacha de la

leyenda emerge y entonces la ciudad no se oscurece sino que se llena de luz. Y así sea por un segundo, de nuevo es imprescindible estar vivo. Pasa igual que en la literatura de Thomas Bernhard donde, en medio de la desmesura y la destrucción, la mezquindad y la traición, hay un hecho moral y éste es tan grande que Sodoma es de nuevo perdonada.

He releído de nuevo "La muchacha de la leyenda" y he recuperado de nuevo el sentido del Paraíso, pero no del perdido (que se nutre de un recuerdo mítico y de una esperanza cada vez más difícil de lograr porque esta alimentada de rezos y no de poemas), sino de ese Paraíso que crea el poeta con palabras y que siempre es una muchacha a la que se le puede sembrar en la piel. Y que es una leyenda perenne porque la mayoría duda de que sucedan cosas así. Para tristeza de esa mayoría que sigue sorda a la voz del poeta y atenta a cuando suene el celular. Y en esa relectura también he afinado el sentido de aquello que es el infierno, que ya es tan terrible que lo han clasificado como no-lugar. Pero por ley de contarios, lo uno sin lo otro no existe. Se siente uno bien cuando recupera su ciudad. Quizás en esto pensaba Kavafis, quizás en esto pensaba Darío Ruiz.

Escrito en Medellín, una ciudad leída por la poesía.

Tomados de "La muchacha de la leyenda". Ediciones el Gajo Caído 2001

Del horizonte en llamas se levanta
Una leve pavesa de recuerdos. Historias
ni tristes ni melancólicas, erosionadas
en el recuento por mustias canciones
escuchadas una y otra vez en viejos
organillos: Nada de eso me alcanza: he
sido redimido por el halo de la
muchacha de la leyenda. La voz de la
soprano es ahora el canto del mirlo en el
follaje: El drama del
amor sólo el rodar del pedrusco
en las ondas del camino. El muchacho
de la guitarra murió y las partiduras
de su concierto desaparecieron:
Su canción sin embargo es la luz
en los raíles de los trenes es
el leve musgo que cubre las ventanas
en los herrumbrosos cobertizos de las fábricas
asesinadas

Quien conoció la selva o escuchó
en la noche la quejumbre de la tierra
y se estremeció con el silente reptar
de la anaconda. Quien sudó debajo de
los mosquiteros y se descubrió frágil y
cobarde ante lo desconocido supo
de la muchacha de la leyenda
por los altares votivos indicando
el camino: por las tarjas en las hojas
de la victoria regia. Por la música
que aún dura en los esteros.

No me refiero al rostro del enigma,
al hondo pozo de la anhelada belleza
donde mirar la verdad sería morir sin
la gracia de la poesía. Ni me
refiero a la imagen que la vigilia
ha fraguado como necesidad urgente
de la comprensión en medio de la
absoluta orfandad de los días. En la

muchacha de la leyenda sólo está el
halo de la aurora, el soberano punto
del cenit: la letra inconsútil de
la verdad del agua.

La joven que ha venido de la leyenda
dejó en la puerta su aroma de estío. Ojos
que la almendra que alimentó a María fijó
en un único e irrepetible destello. Viene a
mi como el primer mar de la vida. Y a veces
no es el atropellado ruido urbano lo que me
despierta sino la cadencia del agua en alta
mar la que llena los gastados alvéolos de mis
pulmones. También en el desasosiego de mi
edad, capricho de mi decadencia levanta el
fuego de una nueva verdad que resplandece
durante meses en le frío de mi habitación

Venir aquí, al doliente árbol que
ya no habla: Y lo que queda de su sombra
o del arpegio de su ramaje no es el
silencio. Algo maligno a punto de estallar
en le momento más inesperado: Medea
saca su rostro al alisio inclemente y
espera la ráfaga que anuncia el
crimen del hijo. No lo descubrirás
sino al final de tus ojos: cuando
la sangre empiece a abandonarte y
llegues a las raíces dolidas del árbol.
Las llamas del castigo apenas
comienzas a sentir en tu pellejo.

Es un problema saber qué es más difícil, si pensar o no pensar. El hombre piensa por instinto, y ¿ quién no sabe lo difícil que es reprimir un instinto ? los espíritus pequeños no se merecen, por consiguiente, el desprecio con el que los comienzan a tratar en todos los países.

George Christoph Lichtenberg